ALFONSO ALCALDE

EJERCICIOS CON EL TEMA DE LA ROSA

© Empresa Editora Zig-Zag, S. A. 1969. Derechos reservados para todos los países. Inscripción N.º 36.944. Santiago de Chile. 1969.

ALFONSO ALCALDE

151421

EJERCICIOS CON EL TEMA DE LA ROSA

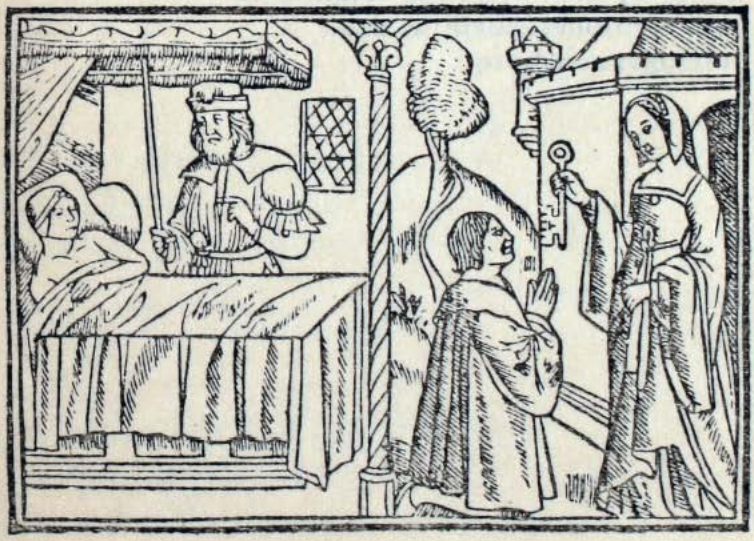
Editorial Zig-Zag

Portada de
SERGIO SILVA DELANO

Para ti, Ceidy, estas rosas
que nacerán algún día de la tierra
de tus interminables ojos.

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

I



Rosa primera

Se compara el objeto de inspiración
con entidades amorosas que
producen regocijo.

No. 1

Pasiva como ~~[illegible]~~ olvidos lo dejan donde
quiere, en donde sea te detiene
demandas sobrehumanas, oh identificación
en tu altar, esta casi completa.

Te quitan todos los
del corazón que tiene el mar,
A sedimento de tu misterio
acicalado los mares de ausente

donde tu adivinas, oh sí en mi
memoria, desnudas tan plena
que como genio lisiado solamente
tan lejos en mi mente que apenas
eres, tan así en mi voz que
cuanto te nuevo dejo de la lengua.

Traficas con amor, lo dejas donde
quieres, un olvido más te detiene
y demanda velocidad, otra identificación
y en tu altar, eres casi completa.

Te faltan balas, esos aplausos
del corazón que tiene el mar
la servidumbre de tu misterio
acicalado para nacer de repente

donde tú ordenas, ojalá en mi
memoria, derramada y tan gloriosa
que como gamo diríase volando

tan bajo en mi tierra que apenas
creo, tan alta en mi boca que
canto temeroso debajo de la lengua.

Por el lado del pez viene tu venganza

Estando en secano, la rosa
ansía sumergirse en mares que
proliferen su aventura.

Por el lado del pez viene tu venganza:
el agua en ausencia, el azul en vilo
plata correntosa, la espuma que prepara
el vuelo detenido en tierra firme y raíces.

Coletazo diamantino que va fugando otros
delirios, tienes un arcabuz al cuello
que soltará sus olas y en vez de pétalos
te inventará mareas y el apremio salado

de una sombra que nada entre las aguas,
de unos ojos insepultos que no naufragan,
y una boca sólo detenida para nacer

y apresura la vida que te falta y sobra
y dona la sangre, la catedral de sus espejos
y en el mar que no tienes eres navegante.

Como un pañuelo de adioses consumado

Desdeña el afán de perder la vida
aun cuando en la muerte sólo
encontrase otras dolencias.

Testifica la violencia, mordiste
el anzuelo de la luz, zangolotea
tus temores, ocres, sangres, dólmenes
y esa facilidad de morir por morir

El desdén que tu catálogo hirsuta:
el puño que acuña el corazón por vía
y tiene altares displicentes, ora
de olvido, ora de siempre víctima.

Intereses de súbito en igual espejo,
donde flota no tu estatura sino
el remedo de estar alta copiosamente

como un pañuelo de adioses consumado
que tomara sus pétalos por bandera
y ejercitara la guerra en mis ojos.

Rosa de mi costado para ti nazco

Impone sacrificios entre los
humanos que no vacilan en dar su
sangre para que la rosa mejore
sus semblanzas.

Rosa de mi costado por ti nazco
y trepo al enjambre de mis huesos
y me pongo a vivir y flamear y atisbo
la sorpresa, el horizonte venidero.

Rosa de mi costilla, estantería plena
como el fulgor donde nace el hijo
y después se apaga y no sabe dónde
poner sus pies, el resto del amor

y abre los ojos y pide limosna
entre nosotros y a ti te elige
y de rodillas solicita un diezmo

para venir a sufrir entre espinas
para vivir y morir igual que tú,
con la misma tierra, pero un poco humano.

Tímidos traductores de tus desafíos

De la desconfianza surgen cantares
que son dolidos en provecho
de quien es motivo de alabanza.

Te pongo a prueba, puedes flaquear
si quieres, pero deja la cara por mí.
Naces desde el fondo de la tierra
y suelto tus incesantes sonrisas tristes.

Llevo alimento hacia arriba:
la visión de los muertos totales
que en ti desembocan y escuchan
lo que sientes y hablas por una rosa.

Inéditos, frecuentes, inconclusos,
¡oh, antena mayor no me desampares
ni cierres las fronteras que nos atan!

Tan llenos de peligros estamos.
Tímidos traductores de tus desafíos
a ti aferrados, dolidos náufragos mutuos.

Cantábale la rana debajo del agua

De todas las contradicciones,
la rosa toma ínfulas para sobrevivir
muy a su pesar, ya que mejor
atesora la incertidumbre
para proporcionar belleza.

Cantábale la rana debajo del agua,
subíale el ronco trombón de junco
medio a medio burbujeante oro
de mis huesos, tan blandos castigados.

Buscando, ¡ oh rosa!, tu escafandra,
el doble traje de buzo y estandarte,
el tamiz del áspide que croa y pifia
y es sinfónico de dolor y espejuelo.

Y es valiente porque tiene miedo,
una oreja con anzuelos derramados
y una boca que termina en frutos

este amor de la muy muerte polvorienta
que alza sus catedrales terrestres
y lo que está olvidando es como recuerdo.

Cuánta ínfula denuesta tu estampido

Si es ruidosa, tiene una escampavía
de silencio, un árbitro que
viene en zaga y pone atajos a
tantos arbitrios que acongojan al poeta.

Cuánta ínfula denuesta tu estampido.
Tener la velocidad del ámbar
a quemarropa, atacar el aire
en descampado y arbitrariamente.

Suplir todo tormento con campanas
que nunca estallaron, sino en silencio
verter los andrajos, herir su soberanía
y andar con relámpagos en el pecho.

Y morirse por dormir, ya sin atajo
descolgar la cabalgadura, la máscara
y echarse los días a la espalda.

Temblar por templar el horizonte,
mirar por último, qué espejo pronto
está inaugurando su eco que eres tú.

Ausente cuerpo que vamos llenando...

Con variadas vestimentas pone en
ejercicio subterfugios que
motivan confusiones, en el estricto
sentido del dolor.

Si te vistes de payaso, rindes
un tanto por ciento sobrante
para todos lados, tanto de mar y
furia para ponerte los zapatos

y lucir tu llamarada flagrante
de otro tono que hierve en un atisbo
de diamante y es señal todavía
sin boca que tú estallas breve.

Ausente cuerpo que vamos llenando
y la cuerda floja en el alma
y la carpa que con ínfula derivas.

Ven a reírte de mi vuelo, amplia
de carcajada y por tu trapecio súbeme
y caigamos con una rosa al vacío.

Dar sorpresa a cuanto tiene fuga

Hostilizar su vanidad es ímproba
tarea, pues al refugiarse en la
hermosura deslinda todo propósito
alejando el encono natural
del amante.

Dale que dale es tu mejor porfía,
quieres imponer tu rueca, ventilar
tu molino, arriscar tu herrumbre,
dar velamen a cuanto tiene dolo.

Dar sorpresa a cuanto tiene fuga,
arrancar de cuajo el arancel fueguino,
dar mármol al agua, ceniza a la boca,
candado al mar, filos al tiempo.

Quieres rositiar a tu amaño el lío
que se arma en la mirada al verte
desnuda como huyendo de un panal

y dejando balazos, trajes rayados,
trenes que bufan, amantes que tienden
sus cuerpos a la orilla de tu befa.

Tanto límite tiene tu hermosura

Como si parpadeara entre
la vida y la muerte, la rosa hace
uso de sus facultades para
dar fe de reniegos que no son escasos.

Tanto límite tiene tu hermosura,
tanto apremio para imponer su pena
para dejarnos entre prisioneros, idos
de tus arribos y luego huérfanos

de soledad, integrando ese desvarío
que frecuenta todos los límites
y comienza por sentirte cercana
al otro lado de tu amplio derroche,

como si la muerte ya no luciera
terminando en tus fatales escombros
y nadie más levantará el coro

de tus días, la sabiduría última
de rehacer tus dolores y tus bríos
mirándote crecer rápido en la nada.

Se encanece tu tierra, pero resucita

El poeta aumenta sus quejas al
solicitar en vano que el
tiempo no sólo atesore los diezmos
que suman los días, sino el
amor que no por desesperado merece
recíprocos tributos.

Todos los años es la misma historia.
Se encanece tu tierra, pero resucita
un verano en cada rostro que te inventa
y acuden las flores estallando, malheridas

en su balance sideral, coágulos insomnes,
cuando las horas se empozan en fila
de mayor a menor y entre medio vienes
a poner tus ríos diurnos y nocturnos.

Para mirarnos fúlgidos y honestos, faltos
de atajo, resueltos en el nido coagulado
que te ama, secretamente, campanamente.

Y te esparce hacia adentro, ¡oh, inspectora
de los dolores que vas runruneando, el arpa
de los otoños fabricando hojas y silencio!

Tripa vana para mi triple hambre...

Del alimento amoroso salen las
llamas de los fuegos mayores, pero en
la ceniza queda el consumo de
tales extravíos.

Tripa vana para mi triple hambre
a terminar en boca obligada te condeno
con ínfulas de dientes y serios pavores
cuando después de ti todo perece.

Para alimentar apenas con la mirada,
este vacío de Dios que se renueva
y tengo que escoger entre la nada
y esa tentación que tienes por costumbre.

Frontera aciaga, pues de huesos vanos
se nutre tu raíz que son mis hijos
y aún más abajo otros míos y deudos

envueltos en la pulcritud de la muerte:
esclavos de tus dones, ciegos de regreso
que vienen recuperando el pan, mi rosa.

La más densa de la noche no eres...

Reprocha al objeto amado
su hermosura, que por ser tanta
olvida sus ímprobos deberes
de seguir dando alimento a los ojos.

La más densa de la noche no eres,
ni la más clara, sólo asociada
a los estigmas, grillos satánicos,
menjunje que asila confusión y aúrea.

Como un reo que su libertad bifurca
y estampa derroteros, reduce sombras,
retuerce lluvias, despista cuerpos
y es uno solo no obstante fijo,

que calza la libertad y es distinto
y donde pone la máscara, ya vive
como tú en la gibosa alacena trunca,

que tienes por alero, aljibe recio,
que de tanto ovillarse ya no alberga
ni tu rosa ni la calumnia de su herida.

Ferruginosa y crítica, estás como ácida...

La ofuscación no es buena consejera
para los amantes que informan
sobre sus entredichos sin
poder recuperar el afecto que les
es propio.

Ferruginosa y crítica, estás como ácida
en la lengua, cortando el deseo de tenerte
terca y dividida, tajando toda entrega
y caballos, trozos de desvarío eres hoy.

Fíngete tríptica en la estación inestable
del amor, cuando del fuego sale hielo
a bocanadas, cuando de la ceniza nace aún
la marca que te pongo en la sangre: fuga.

Cuando tomar tu mano es pañuelo levantado
de adioses y palomas cuando no tormentas,
que irrumpen paralelas, pero enemigas.

Cuando entrar en ti es huir sin mácula,
buscándote el fin, partiendo sin cesar
y estremecida, estremeciéndote de frío.

Te vas con otro ojo a vivir en su mirada

La rosa toma sus bártulos
y se considera dueña de numerosos
itinerarios para embrujar y mentir
a todas las miradas que le
rinden pleitesía.

Te vas con otro ojo a vivir en su mirada.
Me dejas ciego, sin pupilas crucificado
y donde miro como un día, sigues huyendo
y adentro sólo apenas estás como detenida.

De nada vale cerrar las puertas, cortarme
las venas, levantar muros, dar aviso a la
policía, tus señas particulares, decir
que andas con la vida que te di, que eres

frívola y terca y parecida al que te ama,
que me saqué el pan de la boca para verte
crecer entre los siglos, sólo un día

y pagar una gratificación para que regreses
a mi raíz final o publicar tal vez una foto
de frente y perfil y yo llorando entre medio.

Vieja costumbre mía de la rosa...

El poeta compara su infortunio
con la fugacidad de la vida,
más breve que la sospecha de una rosa.

Vieja costumbre mía de la rosa,
hundirme en su espejo navegante,
contar los años por su presencia
así de golpe ser nuevo y anciano.

Cada día más prestado a la tierra.
Ir preparando el lugar casi final
de la otra casa que viene remando
y por velamen le pongo una rosa,

para apurar la muerte y demorarla
para ir modelando mis escombros
y en un puñado sembrar todo olvido,

sin semillas perseguido y como suelto
en el origen de mí mismo, apenas
peregrino de esta rosa que no dura.

2

¡Oh intermediaria de eco perpetuo!

Tanta vanidad suelen devolver
los espejos de la rosa que en
última instancia desglosando la
nada recupera la hondura de
los abismos.

Un intermedio de eco perpetuo
y mitad del estanque, el lado lírico
de la lumbre, y rayo que no sabe
si sostener el cielo o la tierra

Transparente
Impresiones antiguas, cuna, pasión
de la amistad, compañerías
~~pasión~~ ni de la atardecer
altaneja de la flores, de fiesta y dioses

Primer

Música del que te gira, eres ramo
mistica mano del pájaro hacia
hacia tu ~~plenitud~~ complejo mano sin hacer

Hoy de la rosa arboladas, vienen
de las llamas, hacia de tu alabanza
por fin, indivisible estamos mío

Y tu asombro por crece

¡Oh intermediaria de eco perpetuo!
La mitad del extremo, el lado final
de la hermosura, la raíz que no sabe
si sostener el cielo o la tierra.

Infructuosa antorcha, coro furioso
de la armonía, campanarios:
primera noria de los atardeceres,
altavoz de la espuma, digital y diurna.

Máscara del que te guía, eco vano,
mutuas manos del fuego hielo
para tu escombro menor sin pausa.

Hora de la vasta arboladura, freno
de las llamas, pavor de tu abalorio,
por fin indivisible exterminio.

Mi ojo te inventa y tú callando

No por casual, el que hace
nacer el objeto amado funda
jurisdicciones sobre ella, pero sólo en
vano, pues no existe recíproca
correspondencia entre los
oponentes.

Mi ojo te inventa y tú callando;
te llevo para cantarte a quemarropa,
aposentada en mi alma para nacer
y tú como si nada, apenas rosa.

Ya vas por mi sangre resistida
y en el imposible corazón templas
el rosal prisionero de un solo día
y sigues huyendo, peregrina constante.

Todavía vives en el exilio, náufraga
sin tierra y repertorio vano
por mis huesos buscando la mirada.

Y regresas al aire y a la muerte,
distante en el ojo y en el tiempo,
sin que nadie te enamore, enamorada.

Rosa tercera

El cansancio abruma al que vive
enumerando las dichas de
la belleza al extremo que recurre al
argumento del comienzo de la
vida para ser escuchado.

Ven a rescatarme, rosa, sepárame
la luz, la obligada luz, el rumor
de la vida, la ira de cada nacimiento
que busca su paradero insalvable.

Detiéneme en este asalto sin fin
y en tu crispada comarca, modélame
pez y ave volando a mansalva
en la ventolera de tus catedrales.

Guíame en la sangre que necesito
para escuchar el nuevo ser, el hijo
que sembré con pavor en tu moldura.

Recíbeme bifurcado eco, condúceme
por el laberinto de la inocencia,
donde un niño como yo te nace.

Bésame con tu mismo exterminio

Por adulteración de las quejas, los
amantes usan traidores argumentos al
extremo que uno y otro divorcian
sus calumnias y desvaríos.

Bésame con tu mismo exterminio
ligera de amor, suelta de viaje
hasta dar la vuelta y por fin
en ti quedar sembrado sin tierra.

Con variados incesantes naufragios,
diminutos clamores y callados rosales.
Detenidos himnos, seguidas prisiones
que al morirse ordenarán sus alas.

Ave de tan socorrido coloquio,
no dejes el cielo por el vuelo,
implorando el tormento de nacer.

Rosa que por asomarse a unos labios
niega su embarcadero, raíz y guía
y hasta la boca que la sustenta.

Rosa mortal en ti nos detenemos

Como si fueran entidades
que jamás establecieran coloquio,
el poeta delinque sus visiones
en imágenes torturadas, pero sin
esconder su resabio y alguna
rosa instantánea y justiciera.

Rosa mortal en ti nos detenemos
de paso, siempre inconclusos
en tu nido sin misericordia,
dejando cada hueso en tu velamen.

Con una flor tentamos a la vida
y en el aposento de tu abrevadero,
escuchamos la detenida fuga
de la muerte, poro por poro.

Rostro hundido en el domicilio
del tiempo con la porfiada señal
de unos ojos que nunca comienzan.

¡Oh disparo, asombro de la espina!
Espuma que levanta su tormenta.
Piel del mar buscando nuestra sangre.

En el peligro de la hermosura...

En medio de los siglos, los desvelos
se vuelven desventurados atajos
para la salvación, ya que la
eternidad es tan efímera como la
que inspira el cantar que sigue.

Rosa de la muerte prematura.
Súmame a tu carrera, truécame
cada pétalo por un breve día.
Desmenuzados alguna vez naceremos.

En el peligro de la hermosura,
recuperando tu sombra final
abismo altivo y recogiéndose
armado en su libre estacionamiento.

En el estallido de la eternidad.
En la hora que nos dispersamos,
en la vejez más fresca del tiempo.

¡Oh estación movible y repetida,
único instante de variado naufragio,
naciendo rosa por rosa por rosa.

Todavía en el polvo encadenados

La muerte es el sustento de los que
sufren tortura amatoria, mas
cuando llega de súbito, sorprende
en despoblado a los amantes
que son efímeros al dar negación
de su constancia.

Rosa de todos los peligros, cobíjame
para mirar desde tu ventana
el paso del día de la muerte
y en sus cristales envejecer.

En la quietud de tu redondo río.
En la duda: sangre, vida, tierra,
amor y olvido, fin del comienzo
iniciándose ahora en tu piel.

Aliméntame con la hermosura
y la beatitud de tus altares,
todavía en el polvo encarcelado.

Oh rosa de la constante primicia.
Asóciame a tu fuga sin término.
Recupérame muerte sin sosiego.

De una herida fuiste naciendo

Reducido al polvo que esparce toda
quimera, el diálogo entre el
poeta y la rosa continúa más equívoco
y dificultoso.

De una herida fuiste naciendo.
Por inconstante, en el alto dominio
del dolor que hoy no titubea
y tiene rostro, sonido, musgo.

Y todavía tiembla en el espejo
ausente buscando un velamen
para tu lisonja, el blando sabor
del polvo, olvidado artificio.

Oh viajera opuesta, es otro nudo
el que tu perpetuo río lastima,
pasando sin dejar un solo agravio.

Es otra la muerte que al sellar
tu sombra, esparce su entraña
y nacería cantando con estremecimiento.

Otra vez subimos a tu comarca

Con la vara de la muerte
se mide toda ostentación, de tal
suerte que la amante en última instancia,
ofrece su morada como pasajera
residencia para tan calificados
peregrinos.

Otra vez subimos a tu comarca
para mirar el aire y sentenciarnos
y fijar el día y también la hora
de nuestra extremada ausencia.

Y así resistir lo que tus pétalos
demoran en preparar su viaje
y con la urgencia de la belleza,
ser niños y ancianos simultáneos.

Oh galaxia de rápida carnadura
en tus olvidos vamos resucitando.
¡Cielos de totales inacabados abismos!

Día y noche al unísono resistimos
hasta que incorporas tu rostro
a la pequeña casa de la muerte.

De tu cantidad la duda menor

No sólo de desvarío se
alimenta el amante que corre el
riesgo de sucumbir en los
menesteres del amor. Mas la batalla
que entabla no conoce la tregua.

De tu cantidad, la duda menor.
Relevo implacable: el éxodo total,
hambre posible de las estrellas.
Seno detenido en la primera curva.

Río sellado, descubierto, volando
en el tiempo, estacionado en el alma
y en la suave astucia del silencio.
Pétalo constante y triple triste.

Elevado a tientas, insostenido pez
de las espinas, el molino del pubis
aligerando su nido con alevosía.

Llamas sonoras que al ser heridas
van esparciendo el bosque temible
de tu cuerpo casi en una rosa.

Galaxia que tiene olor a mar

El poeta se remonta a las
multitudes de estrellas que
en su parpadeo inducen a los
amantes a nuevas existencias, todas
llegando de pronto.

En tus labios una fruición inclemente,
una orden sin piedad exigiendo
besarte, sospechosa, encarcelada
en otros secretos que nacen contigo.

Desafío en la mitad del cuerpo,
como un rayo que aislara la noche
una sola parte que ama y sigue
y otra que es amada, calla y es rosa.

Una sola isla recibe el esplendor
del peso de las estrellas y el rocío
en la fuga de tu ovillado laberinto.

Palpando la vida a ciegas, galaxia
que tiene olor a mar, a fuego,
a vaivén, a vida que recién se inicia.

Ligero sustento del rosal humano

Así como son mutuos los reproches,
del mismo modo las alabanzas no
conocen la mesura, y en estos
desequilibrios los amantes confirman
promesas extremas.

Ligero sustento del rosal humano,
como si hablaras en el exilio
de mi edad, extranjero y colindante
en la común frontera silenciosa.

Por un momento desvalido y solo,
y después otra vez recuperado
llevándote a tu íntimo regreso
con una rosa menos en cada mano.

Estoy, seguiré herido en el vuelo,
estacionado en la tierra vacía,
que una vez palpitó en tus ojos.

Y ya no sé de cuántas mudanzas
soy peregrino, ni de qué viaje.
Uno sobre la tierra y el otro más abajo.

¿A cuántos ojos obligan tus señales?

Las partes tratan de
sorprenderse en los diestros
juegos amorosos creando un clima
de expectativa, con decoro.

Abrumada carga la de tu hermosura.
¿A cuántos ojos obligan tus señales?
Nieve apresurada que cae al alma
para inventarte sin molicie, tea.

País que se hace suave de sufrido.
Río que inventa el mar y regresa
volando polvoriento para enumerarte
en la primera herida estacionado.

¡Con ese argumento nos da consuelo!
Tanta muerte sucesiva, apenas la aldaba
que te llamará a puro cielo y barro.

Construida entre las manos y lenta,
edificándote en la mirada y rosa,
en el primer zarpazo de un parpadeo.

Eres la aldea, casi el humo veraz...

Se remonta el recuerdo a los
paisajes que forma el invierno, y
en esos olvidos la amada trae sus
memorias de infancia.

Voy a ti como un mortal pasajero,
un día final, en tren, en agua;
con tempestad, nostalgia y canastos,
lejos dentro de los cristales.

Eres la aldea, es decir el humo veraz,
un camino, el río, las pocas cosas;
la infancia, la distancia, los nombres
que aún no tenían los pájaros.

Los árboles que pasan, los peces
que quedan, el dolor gozoso aislado,
algo hondo que anda suelto, todavía.

Un puente, tu cuerpo, las huellas,
tu país, tu pelo, tu país, tu piel,
sin que nada sobre y el invierno. . .

Ave que no vuela y separa el aire

Hace distingos el poeta entre
la amada y el afán de la vida que
llega con sus muchos arrobamientos
para encender alegrías por
doquier, y dudas.

¡ Oh cuantioso afán a quemarropa!
Prepotencia de belleza encarcelada.
Mar sorpresivo, vejez pretérita.
Casa habitada por la luz y compañía.

Campana confundida entre las hojas.
Enjambre que terminado, nace
y un clamor numeroso de abejas
que triscando el sonido, huirán.

Horizonte extendido a mansalva.
Alma infinita que es como breve.
Pausa movible sin estacionamiento.

Ave que no vuela y separa el aire.
Criatura menor pulsando una sorpresa.
Vida asomándose donde menos se piensa.

Dulce desliz y arbitrario desenlace

Figurándose que la rosa envejece,
el poeta alaba su exterminio,
que no por ser altiva promueve el
dolor y su constante sorpresa.

Dulce desliz y arbitrario desenlace.
El escombro, el fin, el costado,
la puerta, un cristal, otra frontera,
tu sangrienta sombra casi callada.

Subterráneo sideral, esquina trunca,
un ovillo rápido de la casa,
una habitación, hospedería del tiempo,
un espejo para que se mire el silencio.

Mustios colores vecinales, una batea.
Tu tristeza lavando la ropa, el otoño
y una mojadas manos temblando el frío.

Un lento dolor sube entre sus callejuelas.
Un portón, un recuerdo, una fuente
y un rincón donde tejes con tanto miedo.

Viajero sin ciega vía...

Es tan hondo el desafío que la rosa
destierra toda posibilidad de
entrega, burlándose hasta de su
propio decoro.

En la rosa queda un regusto
soberano, una amplitud carnal,
un muro que divide el hielo
y entre ese fuego, palpitamos.

Sin prisiones extraviados en el alma,
candado que vigila y todavía duda,
y otro error es el que proclama,
el orden final de tus heridas.

Ya de este lado de tu cuerpo soy
exiliado, colindante y vecino
fronterizo, viajero sin ciega vía.

Sólo en tu piel quedo prisionero,
si en la rosa que nace, una mitad
se extrema y recién eres desnuda.

Creo en tu primera máscara

En su afán por salir airoso,
el poeta se vuelve tierra, pero en
este remedo dificulta su
fervor, haciendo más humana la
fuga de la rosa si se trata de
aplazar la muerte.

Tierra final, descubro tu puerta
y reverbero, déjame dar cuenta
de los rosales que son mis días
y caer en el polvo como un principiante.

Sin astucia palpitar poro por poro,
huyendo del hueso al olvido
y del silencio sólo a la muerte
y todavía con mi raíz irme callando.

Nacer en otras recónditas venas,
todas en secano, abuelos tardíos
del mar, que son constantes duelos.

Reconociéndote en todo exterminio
y con ligereza usar una campana
y subir por fin tu claro estandarte.

El aire que te rodea por venganza

Sólo de mudanzas somos objeto
en el devenir del amor,
pero nadie reconoce el verdadero
extravío de los sufrientes.

Creo en tu primera máscara,
la principal, fugitiva y nueva,
que te repone y queda sumergida,
la que va naciendo muerte adentro.

Es una señal, un eco, una partida,
una servidumbre que te lleva en vilo
y como la edad despoja los días
y como los días nos va vaciando.

Añoro tu memoria para refugiarte
en el mismo escombro que te hiere
cuando recién eres como una idea.

Imagen suelta, espejo sin nadie.
Un afán de ponerle vida al aire.
El aire que te rodea por venganza.

Viene un verbo sin remedio silenciado

Aunque son fronterizos los
coloquios, el poeta
puede interceder con nuevos
argumentos seguro de prolongar
su agonía.

Viene una porfía natural, un nudo
que enreda las palabras, un traspié
vocal, un ulular callado que se mezcla
y entre mi voz y la rosa sigo fugado.

Sin andamio, peregrino de su sombra,
bordeando el origen principal,
como si fuera un árbol por oficio
y sobrara la edad y la muerte.

Viene un verbo sin remedio, silenciado,
que ata su imagen con un grito
y un silencio en otro, calladamente.

Todo confirma que nos escuchamos.
La voz inaugural, su primer llanto
y ese rosal trocado por unos huesos.

En el ejercicio de olvidar, la rosa...

Fundamenta el poeta la erudición
de la rosa para no dejar
testimonio de ningún menester
que ocupe bien el corazón o
la memoria.

En el ejercicio de olvidar, la rosa
tiene una breve maestría completa.
Sin raíces, sola en su última comarca,
como si un recuerdo la exiliara.

En toda memoria, en infinita fuga,
que no conoce rencor, ira, venganza
y aun menosprecia su imagen y todavía
cava un dolor que ya no dura y sabe.

Sabe doler de tan bella, y perderse
de tan hallada, encontrarse de tan ida
y recién en su fin es principiante.

Se va extinguiendo en la partida,
cayendo a raudales en su muerte
y en ese viaje inventa su ausencia.

Existe una pulcritud en el modelo

Si la demanda de amor
no es tan numerosa, la rosa aumenta
su inventiva para multiplicar
los desvelos de quienes son
sus amantes.

Existe una pulcritud en el modelo,
una copia que va en saga, un eco
en retroceso, un áurea en desalojo
y un sin fin en comienzo, terminado.

Un reír a pétalo vivo, un batir
como de soledades y trizado mar,
una ola de oro sin término
y una hostia que deriva sin tregua.

Y una cárcel que va en desalojo,
un relámpago que se hilvana y raspa
la piel que va acumulando rosales.

Y un nombre por unir, sin quietud,
una rosa que nos anda equivocando
a ciegas dentro de cada uno de los días.

Queda fuera de la casa, cuidando
la tierra, rosa guardiana y ladra
hasta detener al caminante equivocado,
que en tu espejo bebiera miedo.

Háblale de nuestros dolores cuando
la juventud nos levantó de la tierra
y tocamos el aire con despilfarro,
envueltos en una piel, 40 años.

Cuando lanzamos los días al abrevadero,
la vida a su suelto sitial rosado
y nos incrustamos para morir sin pausa.

Y fuimos devueltos otra vez al fuego,
quemados engañosos, cenizas trasvasijadas
en tu perfecto vuelo, sin misericordia.

3

Diástole y sístole, si en el corazón

En el juego de la sangre no hay
sorpresa. El amante desemboca en
el corazón como un viajero y
afronta múltiples sucesos.

Diástole, sístole, si en el corazón
aún los oís, no estoy cantando
aunque solo tu nulo en su sangre
y un temperatura un tiempo a Cal
duraste
y mientras, cifrado, nos tengo hay
muy [illegible], vista es falta, actúo
[illegible]. Casi porque o Tiempo donde
cae el ojo, o debe, espero, hagan.

Tengo que hospitar, nos, tengo que
[illegible] vivido
[illegible], modelante, llegar a Cap.
comunero. [illegible], [illegible], [illegible]

fui de tu hermosura, no hagas sin
carp, mas tu intalo [illegible] hitalo
y reiaus los dos [illegible]
a mandíbula
[illegible].

Diástole y sístole, si en el corazón
asilara una rosa, no estaría cantando,
amaría sólo tu vuelo en la sangre
y una tempestad por tiempo, a cada lado.

Sería marítimo, cósmico, mas tengo pies,
soy durable, resisto los golpes, actúo
constante, casi pongo la tierra donde
cae el ojo, y después, espero, nazco.

Tengo que palpitar, rosa, tengo que
existirte, modelarte, llevar la carga
caminero, vidriero, hojalatero soy, seré,

fui de tu hermosura, un payaso sin
carpa, pues tú instalas los pétalos
y reíamos los dos a mandíbula batiente.

Un dos, mirada al frente, ojo por ojo

Los desvaríos propios de los
amantes conforman situaciones que
van en desmedro de la razón
como se comprueba en el
canto que sigue.

Un, dos, mirada al frente, ojo por ojo
te enamoramos, tienes dulzores, arroz
en la penumbra que se abre, estalla
mi calor por tu frío, vértigo memorable.

Tu escapatoria temblando, diríase ventana,
dinteles veloces, pincelada agria,
más hondura derivando hasta la lengua
y luego el verbo, precipicio escalonado.

Una rosa, identifíquese, hermosura,
casada, soltera, cuántos hijos, repetidos
en tus pétalos, oh la familia, mar mío.

Ese brazo al costado, te amo, trae la boca
y déjala descansar en la mía, muérete un poco,
pero no mucho, apenas resucita y quédate.

Rosa rompida en su embeleco, tris...

El poeta adelanta otra visión de sus ansias sin encontrar el eco para sustentar nuevas manifestaciones amorosas.

Rosa rompida en su embeleco, tris
adrede bajo escombros eres numerosa por
como batuta incesante, rojísima urgente,
que abriera su paraguas, lluvia satánica.

Igual que vestir de hielo infiernoso
y andar de sotana-máscara, flores pías,
andarivel que por doliente tiene grillo
y así anuncia juicio final trompetamente.

Donde querubines de oro izarán el cielo
con poleas vegetales, dentados afluentes va
y cada flor recuperará muerte si existiera.

No sería hollado ningún espejo, apenas la
imagen reverbera polvo que es bis vida
y ya la rosa instalando silencioso repertorio.

Si supieras superir, sólo nacerías

Traba la inspiradora toda falacia
y en vano las palabras
la cercan porque su pretendida
hermosura le impide ser justiciera.

Si supieras superir, sólo nacerías
a cada rato, pero sólo sabes durirar
y entonces, mortificas la espina, emblema
y cabestreas, tarantuleando, ola a ola.

Transgrede el código, el que te vana
insípida fuente fuera si callaras
como tú sabes, infulosa, mientesida
de orilla, alistada, disparándose fue.

Sólo un grumo ojinoso, la juntura mirada
que te viene, sorpresa, detenida, estampido
el tersiverso, el que miente tu rosal.

El que miente tu rosal y es verdadero,
seguro, de su doble vía, forastero áureo
de tu mandato, idolatría y metaloso.

Puedo blandir una antorcha, fuego...

La rosa esquiva,
levanta sus fronteras, cancela todo el
murmullo para desesperación de
quienes la identifican con
dolores incesantes.

Puedo blandir una antorcha, fuego,
agua que cae de bruces, drástica
la catástrofe que va en vilo, trapecio
que hurta, traba y fija su dolencia.

Dólmenes ahítos, como si la piedra
dijera: "Buenos días" y entrar, aposento,
lecho, un musgo trepador, auxilio,
hacer la vida y dejarla en un extremo.

En ese templo tú estás, grita, pide
socorro en ascuas S.O.S. futuro fue
cuando sombras caen y soles aún no.

No quisiera perderte, tener una escalera,
trepar, engarzarte, subir, bajar, llegar,
no ir, pulir la amenaza, perfume aciago.

Si de tanto degollar, te degollaran

En la tempestad de los verbos, el
poeta suelta las palabras que
no son tales y haciéndolas chocar
obtiene ciertos destellos, pero
que se apagan con la misma velocidad
que nacen.

Si de tanto degollar, te degollaran
y muérete a viviente chorro y clan
que en la rosa, estampóse, benigno reo
y sin estropicio va durando y remordiente.

Con una asamblea de digital tragedia,
en esta sangre, rielado en su testuz,
que sonoramente a su silencio, cesáreo,
fuera partido, visto por dentro y deudo.

Perfilado con su carabinosa extirpe,
asalariento, con mendrugo petálico
y ecuménico, tras la trama, percudido.

Tan diminuto litigante, devorándose
con sus noches, poniéndole ojos, ojos vía
para categórica tormicia boquiabierta, ¡oh!

Rosa, cómete toda la rosa, obedece...

Finge a la rosa una canción
de cuna en que la ternura puede
causar algún efecto provechoso.

Rosa, cómete toda la rosa, obedece,
serás fuerte, tendrás músculos tenues,
un pez te andaría jugando, algo así
por tu espejo, anuda el sol, sorbo.

Tarro, cola en el perro de la rosa.
Ladrido, amigo del hombre, porfiadas
lágrimas mías, devuélvelas, en su
origen mi dolor las espía, una a una.

Rosa, dándose la mano la rosa fía,
cantemos, castigada en la ventana,
va la lluvia con su día libre, sin ti.

La ronda del pastor, una oveja urgente,
es el sueño despierto, duérmete mi dulce
o vendrá la vaca a comerse toda la rosa.

Por ingenuo soy tu guardián

El poeta se siente diminuto,
perdido en el cosmos sin encontrar
respuesta para sus desdichas.

Por ingenuo soy tu guardián, pasaporte
para todos los naufragios, lo que olvidamos
es mentira, duda vacilante, si el cielo
trae polvoriento atisbo de sus manos.

Porfía de tus cristales, oh bombera árida
con tu quíntuple ceniza esparce dudas,
átomos póstumos, veredicto sin urgencia,
desolación, tristeza, todos se han ido.

Menos esta ventura, decir rosa ecuánime,
respuesta, asociación con aplausos agrestes,
batida de manos, es decir palomas-ríos.

Una sentina desnuda, en vez de tu busto,
el cosmos, y en tus poros fárragos-viajeros,
diamantes-oros, pulsaciones en órbita.

Si de veras fuera tu padre, el asiloso

Varía la forma del ataque,
mas la pulcritud de la rosa desazona
su embestida con argumentos arbitrarios.

Si de veras fuera tu padre, el asiloso,
el blanco pelo, el mano dura, el frente
raída, el ojo cansado, nariz fatigante,
labios sólo para ti, pequeña, cuidado.

Mira la calzada, peligro, pasan bueyes,
tormentas a toda velocidad, repíteme muy
repetida, somos iguales, tú menos días
otra piel, pero la misma llave, corazón.

Edad a medias, sensible mía, cuna navegable,
diríase que naces por dentro y emerges
terminada y vas golpeándote, elástica fuga,

retroceso, columpio, la muñeca de la nada,
oh madre celeste, tanto cielo tu naufragio,
niña con una rosa en los ojos, con un hijo.

Con tu porfía, blanco es negro, casi...

Deja constancia en el infolio
que sigue de la amada que pasó por
todas las vidas sin guardar refugio
en ninguna de ellas.

Con tu porfía, blanco es negro, casi
torre es tramo, siglo es tálamo, ciclo
menor, período para ausentarse, adiós
trenes, vapores, aviones ro-rosales.

Tanto revés para tu vaporoso dolo.
Si muero me voy acicalando tu cintura
diestro, tu recíproca, inventando
el delirio, cauce mayor, pasos lentos.

Tu espejo: nada. Nada, espejo sucesivo,
corriendo, detenida, pies no ciclópea,
andarina, andaroso, andarante.

Máscaras la huella, aquí, no, sí, rosa,
pródiga, regresa va, hundida, quebrada.
Ninguna vida te sirvió, tan alma tu fuga.

Obedece órdenes, párate en el fin

El poeta extrema sus
sentimientos, mas pronto recoge
sus redes vacías con palabras que
sólo aumentan su delirio.

Obedece órdenes, párate en el fin
ralo bajo el fondo, eres estrella, fíate
conmigo, si treparas por la rosa, espejo
nos fugaría a raudales, repetido a balazos.

A donde vas, te acompaña un velero, la
urgencia de decir cosas: alas, raíces,
uno y todo, aguafiestas, el uniforme
de esta mañana; la máscara, hermosa mía.

Dime quién eres y te diré rosa, exacta
espuma insólita, vaga, honda, tercera tris,
pero de nuevo, presente, nuevos muertos.

Muchos tormentos, ese alimento, campana,
es coro, ilustrados tormentos, ayes tuyos,
regalía de tus tropeles, besos parciales.

No me vengas a originar la belleza...

Se enumeran los días, las veces que la
rosa aparece furtiva en el tiempo,
eterna de siglo en siglo.

No me vengas a originar la belleza, basta
cada uno, agrede, después bifurca, pifia,
además ínfula, menor, raspa el pavor
certidumbre, cada uno separado junto.

Yo sé dónde te pierdo, encontrada, va
fui, viene regresa ida y vuelta, retenida,
aglomerada entre pétalos, tráfico dolido
del amor, catástrofe, juntados fueros.

Vacíos viajes de cada uno, tú dices
nombrar equívocos, despistar, nadie conoce
su armonía, ira, saltos de mata, parábola.

Parchado mar, remendado cielo, la aguja
de tu marcha, el ejército de tus manos,
¡oh si de rosales se fueran hizo los años!

Bólido como nido que emigras donde resides

Del apresuramiento de la rosa,
sólo quedan el sabor de la desdicha y
el infortunio de quienes conocieron
sus quimeras y navegaciones.

De tu plural unidad, más, eres toda
agrupada sin nada, vuélvete múltiplo
y eliges un número, 7, contando tus restos
y furiosa, en su núcleo, lastimada, di.

Dime si dividida, el área, albur, geografía
estrepitosa del aire, durabilidad, escogida
en el campanil, arde la mano, cuélate fija
en el suceder río que no está estando.

Bólido como nido que emigras donde resides
y tuerces velámenes, volúmenes trenzados
y la imagen se mira en tu imagen, doble id.

Seméjate novia, aquellas tardes, otoño ido,
cuando flamean esos trajes nievosos, alados
que van dejando sentina, capitanes rosáceos.

Muerte primigenia, el asilante taja

A la hora final de los recuentos,
el poeta entrega su veredicto a la rosa
y la sigue amando aunque se le
escurra entre los dedos, como aquella
agua que canta sus desdichas tan aprisa.

Donación de
Antonio Doddis Miranda,
Catedrático de
Literatura Clásica y
Medieval de la
Universidad de Chile,
a la Biblioteca Nacional.

Muerte primigenia, el asilante taja.
El poeta hace la imagen, la eclosión
torrencial, un túnel para el verbo,
aire circunstancial, foto de plaza,

donde se adormece el rostro, digo dúo
ocre, trío, dórico, barrocos trinos
que callan, cuádruple ornato, suceso
a ocho columnas, primer cielo, extra.

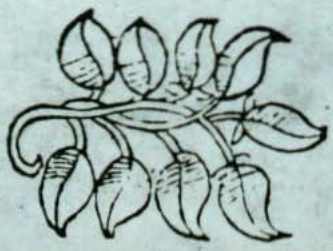
Albérgame danzarina, mano alta, pelo
temporaloso, niebla de tu frente, alto
rayo de tus muslos, luz de por medio.

Casi un fárrago que ilustrara el viento,
el barniz del otoño, oro cesante país
el tuyo, tan lleno de islas y sabores.

Desde los latinos para adelante, la rosa mantiene el desafío de su simplicidad. Los poetas van a inclinar su frente, y para ellos la flor abre sus pétalos, su perfume, su encanto, su misterio. Pero también abre la dolorosa pregunta de la vida, el perenne tránsito de los hombres, el inmediato término de la muerte.

Alfonso Alcalde, en este libro, con la ligera reminiscencia del soneto —la forma lírica del espejo de la rosa— agita la eterna cuestión, la quemante materia de la vida, la urgente respuesta para tanto interrogante.

Con una transposición aparentemente simple, pero de problemático contenido, Alcalde deja transcurrir su pensamiento por esta docta flor, por esta sencilla rosa, y entreabre al jardín hasta sus últimas posibilidades. Hombre y naturaleza, por fin, amor y muerte, brevedad y eternidad, todo en este libro se funde armoniosamente, para darnos, con elegancia, su mágico resumen.

B. A.

FABRICACION CHILENA / PRINTED IN CHILE